

Dios conocido como Padre y la posición de hijo

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Uno de los graves efectos del pecado que entró en el mundo fue que la humanidad perdió el verdadero conocimiento de Dios. Una vez perdido, este más alto y mejor de todos los conocimientos no podía ser recuperado por ningún esfuerzo de la voluntad o el intelecto del hombre. Zofar preguntó: «¿Descubrirás tú los secretos de Dios? (Job 11:7), mientras que antes Job había confesado su incapacidad para hacerlo, diciendo: «He aquí que él pasará delante de mí, y yo no lo veré; pasará y no lo entenderé» (Job 9:11). Como no podemos descubrir a Dios, es necesario que se dé a conocer a nosotros. La revelación se convierte en una necesidad; y la culminación de esta revelación de sí mismo se alcanzó cuando, en Cristo, se dio a conocer como Padre.

Es evidente que la humanidad no perdió el conocimiento de Dios en cuanto entró el pecado. Prueba de ello es Romanos 1:18-32, donde el apóstol Pablo pinta un panorama desolador de la situación del mundo gentil. Señala tres cosas de pasada:

1. Que *todos*, incluso los pueblos paganos más degradados, tenían el conocimiento de Dios. Dice: «habiendo conocido a Dios» (v. 21).
2. Que, al no glorificarlo como Dios, perdieron gradualmente todo conocimiento verdadero de Él. Se «se hicieron vanos en sus razonamientos», «su necio corazón se llenó de tinieblas» y así «cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles» (v. 23).
3. Que todo esto ocurrió porque «no aprobaron tener en cuenta a Dios» (v. 28). Era *su voluntad*, olvidarse de Él.

Esta acusación muestra que el alejamiento del hombre de Dios fue al principio *de-liberado*. Luego se *degradó* y *terminó* en pecados graves y *vergonzosos*.

Cuando esta oscuridad alcanzó su punto máximo después de la torre de Babel, Dios comenzó a trabajar para sí mismo revelarse. No olvidamos, por supuesto, que siempre ha habido cierto conocimiento de Dios en algunos individuos escogidos, tanto antes como después del diluvio, pero el período de revelación comenzó con el llamado de Abram. El Dios de gloria se le apareció al principio, y luego, a la edad de noventa y nueve años, «el Señor se le apareció a Abram, y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; camina delante de mí, y sé perfecto» (Gén. 17:1).

La omnipotencia de Dios se manifestó con el nacimiento de Isaac, que era humanamente **imposible**. Cuando Sara se rio incrédula ante la noticia de su nacimiento,

Jehová dijo: «¿Hay para Dios alguna cosa difícil?» (Gén. 18:14). ¿Puede nacer un niño de padres que están como muertos? Esta era la prueba definitiva: ¿puede surgir la vida de la muerte? Sí, Isaac *nació*. Dios es el Todopoderoso.

Cuatrocientos años después, Dios llamó a la nación descendiente de Isaac a salir de Egipto. Al hacerlo, se reveló bajo una nueva luz. Dijo a Moisés: «Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios omnipotente, mas en mi nombre *Jehová* no me di a conocer a ellos» (Éx. 6:3). Observe exactamente lo que se dice. No dijo: “No conocieron mi nombre Jehová”. Abraham conocía el nombre de «Jehová»; vemos que lo utiliza en el Génesis. Sin embargo, no conocía a Dios por ese nombre, es decir, nunca se le había ocurrido el verdadero significado del nombre «Eterno», pues aún no se daban las circunstancias que requerían tal revelación. Ahora había llegado el momento de que se revelara, y el Todopoderoso se presentó, comprometiéndose en relación con Israel, como «*Yo soy*» –el que es y que, por tanto, es inmutable, siempre verdadero y fiel a su palabra. Esto se ha verificado abundantemente en la historia de Israel. Al final del Antiguo Testamento, Dios dice: «Yo, Jehová, no cambio; y vosotros, hijos de Jacob, no os consumís» (Mal. 3:6).

Sin embargo, la plena revelación de Dios esperaba la venida del Señor Jesús. Lo único posible, incluso para un hombre tan grande como Moisés, era ver a Jehová solo «verás mis espaldas» (Éx. 33:23). Se magnificaron ciertos atributos divinos, como su misericordia y su longanimidad, pero la plena revelación de sí mismo solo fue posible en el único Hijo que era Dios y que se hizo hombre. «Nadie ha visto jamás a Dios: el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer» (Juan 1:18).

Dios dijo a Moisés: «No podrás ver *mi rostro*; porque no me verá hombre, y vivirá» (Éx. 33:20). Pero el cristiano puede decir: «Dios... ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo» (2 Cor. 4:6). El hombre puede ver a Dios en su esencia y gloria mucho menos de lo que puede mirar el sol al mediodía, pero hoy, el creyente puede contemplar todo lo que Dios es, revelado en Jesús. No falta ningún rayo, pero todos brillan con una dulzura especial que los hace accesibles a criaturas como nosotros. La redención era necesaria para que pudiéramos estar ante tal revelación sin ser turbados. Pero el que lo revelaba también era el Redentor.

Ahora bien, el nombre que caracteriza la revelación de Dios en Cristo es «*Padre*». No lejos del huerto de Getsemaní, el Señor Jesús miró al cielo y pronunció la maravillosa oración de Juan 17: «Padre... manifesté tu nombre a los hombres que

me diste del mundo» (v. 6). Preguntémosnos, con respeto: ¿Qué significa el nombre de Padre?

En primer lugar, muestra claramente una *relación*. El conocimiento de Dios como Todopoderoso o Jehová no implicaba, lo que sin duda explica la forma en que los inconversos hablan de él como «Dios Todopoderoso» mientras evitan instintivamente «Padre», pues en su caso la relación no existe.

Además, supone una relación *lo más íntima* posible. Los términos asociados con el Padre son «hijos» y «niños»; en el Nuevo Testamento ambos se utilizan para los cristianos. La cercanía de la relación se ve acentuada por el hecho de que es real y vital y no meramente supuesta. Somos hijos de Dios, habiendo nacido de Dios (Juan 1:12-13; 1 Juan 3:9-10).

Pero la culminación de la revelación de Dios como Padre radica en que el propio Señor Jesús que se encarnó es el *Hijo*. Siempre fue *el Hijo* en la unidad de la Divinidad, pero consideramos el lugar que ocupó en la condición humana (véase Lucas 1:35; Gál. 4:4). Así, en su venida, fue presentado todo lo que Dios es como Padre en relación con todo lo que él mismo es como Hijo; y ahora conocemos a Dios como «el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Efe. 1:3).

Muchas cosas dependen de esto, y exhortamos al lector a meditarlo en oración, para hacerlo suyo. Tendemos a relacionar el lado de Dios como Padre solo con *nosotros mismos*, y así lo rebajamos hasta el punto de que se convierte para nosotros en una cuestión de cuidado paternal que nos da comida, ropa y las gracias para esta vida. Todas estas cosas son ciertamente nuestras, de la mano de nuestro Padre, pero sus pensamientos y su amor van infinitamente más allá.

Hacer la conexión entre Dios como Padre y *Cristo, el Hijo* –que es el digno objeto de su amor y que responde perfectamente a él– nos da inmediatamente la llave que abre el tema en su plenitud. Esto es la revelación en su perfección, ¡el nivel está ahí!

Somos hijos de Dios, teniendo «el Espíritu de su Hijo» en nuestros corazones, «clamando Abba, Padre», pero solo somos hijos en virtud de la revelación del Hijo de Dios y de la redención realizada (véase Gál. 4:4-6). Solo así ha sido posible este maravilloso mensaje. «Subo a mi Padre y vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios» (Juan 20:17).

La «posición de hijo» es, por tanto, lo que mejor expresa la cercanía y la dignidad del lugar de bendición que ocupa hoy un creyente. Habría que leer todo el pasaje de Gálatas 3:21 al 4:7 para ver que el argumento del apóstol es que la venida de

Cristo inauguró una nueva era. Antes de que Él viniera, la ley imperante solo revelaba a Dios en parte; los creyentes eran entonces como hijos menores, bajo un gobernante. Habiendo venido Cristo, y habiéndose consumado la redención, somos como hijos mayores de edad, liberados del régimen de la infancia y colocados en la plena libertad de la casa del Padre. «Así que -dice el apóstol- ya no eres siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero mediante Dios» (Gál. 4:7).

Nuestro lugar con Dios es perfectamente coherente con la luz en la que se ha complacido en revelarse a nosotros. Pero el brillo de la revelación y el nivel de este lugar se encuentran en **Cristo**.

Hoy en día, ninguna enseñanza es más popular que la que presenta a Dios como Padre universal. ¿Qué hay de cierto en esto?

Presentada así, esta doctrina popular no es cierta. Las Escrituras revelan claramente a Dios como «Creador universal»; si eso fuera lo que se quiere decir con «Padre universal», habría poco que objetar. Pero no es así, pues la teoría es que Cristo, al asumir la condición humana, elevó a la humanidad a esta relación con Dios, o al menos sacó a la luz la relación que existía entre Dios y la raza humana. En cualquier caso, esto significa que Cristo es solo el mejor espécimen de la raza de Adán que, como tal, es reconocida por Dios; mientras que, en verdad, Cristo es el segundo hombre y el último Adán -la cabeza de una nueva raza que es según Él- y que solo los de su raza están en relación con Dios.

Dios es el «Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Efe. 1:3) y, por tanto, el Padre de los que son de Él.

Además, Juan 1:12 nos dice que «a todos los que le recibieron, les dio el derecho de ser hijos de Dios», y los que le recibieron son los que «creen en su nombre» y son «nacidos de Dios» y no todo el mundo.

Además, en presencia de nuestro Señor, los judíos afirmaban que Dios era de alguna manera su «Padre universal», diciendo: «Tenemos un solo Padre... Dios». Él respondió: «Si Dios fuera vuestro Padre...» ¡Este «si» negando la afirmación! Fue más allá y dijo: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo... Cuando dice una mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y padre de mentiras» (Juan 8:41-44), poniendo así la marca de su verdadero origen en ellos y sobre la doctrina que representaban.

¡Qué lenguaje tan agudo es este! La idea de que Dios es el Padre universal es, de hecho, una mentira de Satanás.

¿Qué hay entonces de la fraternidad universal de los hombres?

Esta idea se desprende de la que acabamos de ver y es un corolario de la misma. También hay algo de verdad en el sentido de la creación, en el sentido de que Dios «hizo de uno todas las naciones de los hombres» (Hec. 17:26). Esto es falso en otro sentido. Las Escrituras trazan la línea más nítida entre el creyente y el hombre del mundo. En 1 Juan 3 y 4, el apóstol tiene mucho que decir al cristiano que considera su hermano. ¿Y quién es el hermano en cuestión? ¿Todos los hijos de Adán? No, sino todo hijo de Dios; todo aquel que es «nacido de Dios». Juan, con el estilo claro y agudo de su gran Maestro, afila su pluma y habla de los «hijos del diablo» en oposición a los «hijos de Dios» (1 Juan 3:9-10).

Entre los hombres existe un parentesco universal, en un grado muy atenuado. La única y verdadera comunión cristiana es la que se da entre cristianos nacidos de Dios.

A veces se nos dice que somos hijos adoptivos de Dios. ¿Es esto correcto?

No es correcto, gracias a Dios. Si solo fuéramos adoptados en la familia de Dios, no habría más vínculo vital entre Dios y nosotros que el que existe entre el director de una institución de caridad y un niño acogido. El creyente ha nacido de Dios, por lo que existe un vínculo muy vital.

El creyente no solo es hijo (*niño*) de Dios, por haber nacido de Dios, sino que también es hijo. Esto habla de posición y dignidad, y así en Romanos 8:23 se dice: «aguardando la adopción [lit.: la posición de hijo], la redención de nuestro cuerpo», ya que el acceso pleno a la dignidad de esta posición gloriosa es todavía futuro, y tendrá lugar cuando nuestros cuerpos sean redimidos en la venida del Señor.

La palabra «adopción» en nuestras Biblias es una traducción de la palabra griega que significa “poner en posición de hijos”.

En sus escritos, Juan siempre habla de *niños* de Dios, no de hijos, y a menudo se refiere al hecho de que hemos *nacido de Dios*. Pablo en Gálatas, por ejemplo, siempre habla de *hijos*.

Si Dios no se reveló plenamente hasta la venida Cristo, ¿no implica esto una cierta inferioridad de los creyentes del Antiguo Testamento?

Sí, en cierto modo. Gálatas 3:21-4:7, como ya hemos señalado, contrasta la posición del creyente del Antiguo Testamento con la del Nuevo Testamento. El primero es un niño menor de edad, «encerrado», sin libertad real ni acceso al Padre, mantenido

bajo la ley que es como un conductor, y esta condición persistió hasta que vino Cristo y realizó la redención. El último es un hijo mayor en la libertad de la Casa del Padre.

Sin embargo, esto no significa ninguna *inferioridad* de los santos del Antiguo Testamento en lo que podría llamarse su nivel espiritual. El hecho de que conocieran a Dios solo parcialmente en su época hace que la claridad y la fuerza de su fe en lo que conocían sea aún más notable. Ellos tenían una *gran* confianza en la revelación *parcial*; nosotros, por desgracia, solemos tener *poca* fe en la *revelación completa*.

¿La revelación de Dios en Cristo tuvo lugar de una vez por todas?

Sí. La revelación es completa y absoluta. El Señor Jesús podía decir: «El que me ha visto, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Él es «la imagen del Dios invisible» (Col. 1:15). Antes Dios hablaba por medio de los profetas, pero ahora nos ha hablado, no por medio de ellos, sino «por [o en] el Hijo» (Hebr. 1:2). Por lo tanto, no hay nada más que decir. Dios está plenamente «en la luz» (1 Juan 1:7) y la meta está alcanzada.

Esto no significa que no haya habido un desarrollo posterior de los pensamientos y propósitos de Dios después del ministerio del Señor, pues él mismo prometió que lo habría cuando viniera el Espíritu Santo (véase Juan 16:12-15); y este ministerio prometido fue cumplido por los apóstoles y preservado para nosotros en las epístolas.

Tampoco esto significa que el Señor mismo haya revelado todo sobre el Padre de una vez. La forma en que habló del Padre a sus discípulos justo antes de dejarlos, como se ve en Juan 13-16 y en su oración en Juan 17, es claramente mucho más avanzada que todo lo que dijo en Mateo 5-7, por ejemplo. En el Sermón del monte dio a conocer al Padre celestial como interesado en su pueblo en la tierra, mientras que en Juan se nos presenta al Padre en su amor y propósito, así como los corazones de sus discípulos, elevados a la comunión con el Padre, en sus propias circunstancias. En el Sermón del monte, el Padre se rebaja a nuestra humilde morada en la tierra. En el Sermón del cenáculo, somos elevados al palacio del Padre en el cielo.